

POEMAS DE LOS LIBROS: ORILLAS DE TRÁNSITO Y LAS ESTACIONES AÉREAS

POEMS OF THE BOOKS: SHORES OF TRANSIT AND AIR STATIONS

Antonia Torres

De: Las Estaciones Aéreas, Ediciones Barba de Palo, Valdivia, 1999.

Segunda inmersión

Andre Racz en la memoria .

“La memoria arroja y deja en seco
una multitud de cosas retorcidas;
una rama retorcida en la playa,
devorada; lisa y pulida
como si el mundo rindiera
el secreto de su esqueleto,
rígido y blanco”.

T.S. Eliot

Llevarse de la vida solamente

algunos tesoros encontrados en la arena:

trozos flotantes, boyas de madera, brillantes colores
conchas, caracoles

los restos que sobreviven de un desastre náutico

los pequeños tesoros reunidos

cada verano

dispuestos a lo largo de la costa

para descifrar el paisaje.

Cada piedra tiene aquí su correspondencia

sus concavidades en mordisqueadas rocas

se coleccionan piezas, redes

en donde cada espacio vacío del rompecabezas

quema como la sal

en los surcos de las manos de los pescadores.

Sólo restos

pedazos dispersos de un libro benévolo

materia encontrada al azar para leer las señales

el íntimo mapa de la existencia.

Terco otoñal

Terco el sol otoñal de mis días que me sueña y me duerme

Terco el quemador de testas, que entre plazas y parques

me obliga a recoger las hojas olvidadas y húmedas de su libro:

las metáforas que van a dar al resumidero del día

esas quebradas en donde musgo y paciencia

tejen la atmósfera de lo que es igual en el mundo.

Terco el que en su majadería pregona el “mi mano es muchas manos”

y la llamamos mi mano que escribe, boca y ojos cosidos

l a m a n o e s c r i b e

en este vasto cuerpo que somos

cuerpo en donde se congrega la tarde

con todo su sueño secular.

No es de la fosforescente rama de abedul

de donde cuelga la imagen

ni está en el resto de café en el fondo de la taza

ni en el humo de cigarro al final de la fiesta

ni tampoco en su sabroso olor entre mis dedos.

Apenas si se puede contener la tentación de escribir sobre una fotografía

imagen desteñida de una memoria mecánica

cuando todo es imagen qué se puede decir

mejor es amarrar la barca a la orilla de esta página
mientras las confusas instantáneas de la realidad
den vueltas y vueltas como un disco en el pick-up
desprendiéndose de toda palabra innecesaria
toda metáfora de más:
y ya en la orilla, sólo el abedul
su fosforescente rama
para observar el cielo.

Cisneros habla a su hermano ambulante
Los libros son adobes de una torre que nunca edificaste
poeta ambulante,
y ofreces tus poemas en canastos al mejor oído postor. Ahuecas la cabeza para que
no te detenga
la sorna de tus hermanos
el duro asfalto de la tradición, la historia de la desmemoria.
Vistes la ingenuidad impenitente
en una gastada camisa limpia
para no contagiarte con la vergüenza ajena
soy poeta, escribo versos y cuento historias,
pero no escribo para usted
adivinas de soslayo el desprecio y la desconfianza
no hay corazón que te aguante
otro siembra el árbol, tiene el hijo y escribe el libro
porque eres de otro país, ambulante, de otro tiempo.
Porque naciste cuando el musgo envejecía entre los nuevos puentes sobre el río.

Notas para el reencuentro

I

El despunte de tu rostro en la ventana
(una quebrada de Valparaíso al fondo)
es un gesto de romanticismo
aquí en Valdivia o en cualquier parte.
El aire es uno solo entre las dos ciudades
y tu barba oxidada
el viento marino quizás
es la más bella poda de otoño a la que haya asistido.

II

Como tarde de domingo
entre café y los libros de siempre
un viento que trae pastosos canciones
(un viento literario, por cierto) lo desordena todo.
La vieja memoria confunde
tus recuerdos y los míos, un poco de nostalgia
el cóctel perfecto.

III

La plaza es una fotografía
(la intervención de lo real)
el desembarco en la ciudad-puerto de los encuentros
mi hombre-muelle en quien llevar a cabo
la puesta en escena de esas metáforas
que imagino en mis viajes (imaginarios también)
algunas figuras de una retórica manoseada

(como las bancas del muelle)
que ensayo en mis sueños hasta el cansancio
la ansiedad de atracar en ti
fondear, primero, tu desánimo
y allí
en el centro
otra vez
en la materialidad del abrazo
recrear
el lugar del poema.

Tercer y último andar

I

Pesado paso en el piso
desganado
condenado al surco que dibujas
sobre la tierra.
Es tu huella el inicio de otro viaje
ése del que tiene anhelo la pisada en el aliento
el intervalo
exhalo,

II

Y algunas hojas de tu libro se arrugan
otras se pierden en la penosa travesía.

III

No hay retorno en este bosque
Habrás perdido el mapa o ya no sabrás leerlo
El reverso de este viaje lo comienzas como a un viejo libro
ahora por detrás
leído al revés
es ya otra historia que te absorbe.

De: Orillas de Tránsito, Secretaría Regional Ministerial de Educación, Región de
Los Lagos. Colección de
Premios Luis Oyarzún, Santiago, 2003.

las secretas costumbres
"estoy convencido de que hay más rutina
en las aventuras que en un buen matrimonio".

Cesare Pavese
 todas las noches recorre mi espalda
 escribiendo un poema que habla de nuestra historia:
 el eterno regreso al matrimonio.
 se comen frías lentejas mirándose a los ojos
 encaramados
 uno al otro como arañas a la pared
 se interroga, se interpela, se grita
 se mira el techo en la oscuridad y se adivinan los sueños
 no estoy seguro de tu amor y otros boleros sisean en el aire
 -prende la luz. -apágala.
 -cuéntame algo.
 si no conversamos la vida acabará pronto.
 cuéntame alguna historia, aunque sea la nuestra.
 la vida está hecha de historias
 miles de ellas como telas de araña.
 téjeme cualquier cosa.
 Entonces comenzaba:
 "existimos para acompañarnos
 alimentados de la ilusión
 el pan del amor conyugal.
 Retozar abrazados en el mismo jergón
 cuando en verdad estamos separados por siglos de biografía,
 siglos de identidad, siglos de soledad
 en que cada uno duerme solo en la cuenca de sus ojos,
 para reunirse en un sueño común
 soñado al mismo tiempo
 en el que compartimos casa, comida y lecho".

Pláticas

I

Nuestra conversación se vuelve
 una sala de cine vaciándose lentamente
 al terminar la película que nos deja inmóviles
 mientras el acomodador nos mira ansioso
 apurando la cháchara y el pasillo.
 El espacio en blanco que media entre tu taza y la mía
 (o entre un extremo y otro de la cama)
 es un vacío, un silencio, un no-lugar
 de esos que en las ciudades acumulan hiedra
 basura
 o crímenes.

II

Guardamos conversaciones
 en cajas de cartón
 selladas y empolvadas bajo las camas
 entre nuestras ropas y en el desván.
 Como el amante que guarda los recuerdos de la amada
 pinches caracoles marinos piedras cartas semillas
 fotografías tristes testimonios
 en una caja de zapatos como ataúd:
 el rito del entierro es el mismo.

Tarareas una canción mientras lavas los platos.
 Lo interpreto como un gesto de romanticismo
 una señal para deponer las armas.
 Es la bruma de la muerte que viene hacia nosotros
 la palabra no oída, la palabra gastada
 flota inquietante sobre el puente.
 El agua cayendo en susurros entre los trastos
 no moja, no lava, no disuelve el silencio adherido
 a todo el universo que poseemos:
 un montón de ollas sucias.

 Patios oscuros
 breves tragaluces en que el sol apenas
 alcanza en su oblicuidad
 a entibiar la hiedra que sepulta
 la fugaz niñez, recuerdo
 allí
 entre inusitado pasto y lápidas
 jugamos a las bolitas o pedaleamos casi
 una bicicleta que apenas se sostenía en pie
 entre un extremo y otro del territorio.
 Patios traseros
 o laterales
 una de las siete maravillas del mundo antiguo
 cuyos jardines colgantes desafiábamos
 con la mira de un juguete
 ensayo precoz de las sucesivas muertes
 que enfrentaríamos afuera
 Patios breves
 sombríos aleros de la casa de Dios,
 la nuestra o la del vecino
 tres cuartos de cemento y uno de prado
 la mágica proporción del tedio.
 Como en un ring
 cada esquina es un aliento en donde crecen
 pequeñas flores, heroicos brotes de resistencia vegetal.
 Algo de terror habita en estos patios
 la noche que sube en sus cañones, sube al sueño
 las preguntas que cuelgan de sus jardines
 tal vez el día entero pende de la verja
 de pronto, el ladrido de los perros que nos ata al presente.
 Sorprende el tránsito por esta zona oscura
 en la que el sol ilumina a destellos
 (igual que en mi memoria)
 los rincones húmedos que habitan caracoles
 musgos y chinitas.
 Un muro lavado por la lluvia
 ahuyenta a los intrusos.
 El surco anaranjado que dibuja el zinc en el suelo
 juego de saltos y números
 lo mismo que afuera
 luce o rayuela
 seis, cinco

descanso
cuatro, tres
descanso
dos y uno:
la cuenta regresiva
para entrar al cielo.

A Jorge

La provincia europea evapora su jornada
en gruesos telares de bruma,
telón de fondo para la prematura muerte del día.
Más allá,
la gran ciudad hierve entre copas y animadas charlas de mesón.
Somos unos viejos campesinos alemanes
bajando las persianas al frío y al mundo
que encienden sus lámparas de combustible
abrigan sus soledades
los poemas humean precoces a la noche.
¿Hacia dónde escapa la tarde de este hemisferio?
Lejos, al otro lado del mar, manos y pies taladrados
puedes contar todos tus huesos,
mientras nosotros, nos sorteamos tu túnica.
La heredad no es sólo materia, la casa de mi niñez y tus talismanes:
a cada uno toca también su porción de dolor,
su cuota de odio.
Me reservo, junto al hermano menor que ya no duerme
el beso de plata que sella tu muerte
los dos vástagos de tu maltratado tronco
únicos testigos y concelebrantes en esta temprana cena
el beso final, el adiós, la imagen religiosa bajo tu pecho
soplo los últimos secretos en tu oído hueco
el hijo desenreda la hiedra de tus dedos
que se graban en los míos
un padrenuestro ahogado
entre hipos
y mis disculpas por no llegar a tiempo.
¿Hacia dónde escurre la tarde en tu hemisferio?
Los antiguos inmigrantes
traían consigo las herramientas para reproducir el pueblo natal.
En el viaje inverso me acompañan
los elementos del álbum familiar: el equico de la historia.
La boda de los padres cuando caía el verano
para así no olvidar el origen
la ciudad azul, magnífica,
el día que enterramos el siglo
el nacimiento de nuestra hija
los amigos, las madres infinitas en su espera
la muerte presentida y tu expirar profundo
que me despierta a sobresaltos
a medio camino entre tu cama y un aeropuerto europeo.
¿Hacia dónde ascienden los sueños del hemisferio?
La foto reproduce una tarde feliz:
el río entre niños y perros.
Una pobre orilla de playa a la que nos obligaba
el verano en la ciudad y su desierto.
La remota niñez se sumerge

junto a las oxidadas formas de Valdivia entrevisto
entre pesados fierros y memoria.
La inmersión en aguas de lo antiguo
cuando te creía nadador experto
de un río que oculta, aún hoy, el sonido de la muerte.

El incendio convoca a los curiosos en medio de la noche
como la llama de algún aniversario oficial
o zancudos al pabito de la muerte.
La premonición nos despierta de un mal sueño
para llevarnos a otro que transcurre a metros de la ventana.
La tarde anterior
entrevimos el caserón abandonado
entre el pasto y las lápidas del tiempo
y discutimos acerca del inexorable transcurso de la voz
sus campanadas perentorias
llamando al centro cívico y sus rituales.
La noche atrozmente iluminada por la belleza de una hoguera
al lado, el río comunitario que nos ata al siglo y sus luces,
pasa como un ahogado pensativo, flotando,
asido al lomo de la historia.
La escena es atemporal
como pudo ser cien años atrás
quienes celebran, los mismos
en camisón y pantuflas, bruscamente iluminados
husmeando entre el carbón y las cenizas
buscando alguna pista, algún signo:
la truculenta forma de las llamas,
el trazado de las tablas en el suelo
los restos humeantes del desastre
cuya mojada fórmula enrarece el aire
para interpretar así, entre todos, el vaticinio.